
EL OCASO DEL PROYECTO COMUNISTA

Massimo L. Salvadori

análisis y debate



Palmiro Togliatti, quien no dudaba en recurrir a una cáustica ironía al servicio de su causa, en varias ocasiones se burló de las afirmaciones de aquellos que hablaban de crisis del marxismo y del comunismo. Contra esas afirmaciones hacía valer en primer lugar la prueba ofrecida por la creciente fuerza material del marxismo. Hay que admitir que el arco de Togliatti parecía provisto de eficaces dardos. Y esto no sólo porque el movimiento obrero de inspiración marxista-comunista se mostraba internacionalmente bastante fuerte, sino también y sobre todo porque él podía sostener, al menos con cierta plausibilidad, aquello que, en cambio, ya no se puede sostener, es decir, que detrás del ángulo de la historia (cualquiera que fuese su indeterminación), estaba la realización del gran fin: el advenimiento del comunismo como forma superior de civilización.

La novedad de la actual crisis del marxismo-comunismo es que ni siquiera éste cree ya en su propio porvenir. Si se acepta, como por cierto debe aceptarse, la

tesis de que no puede existir un movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria, hay que concluir que la esencia y la peculiaridad primera de la actual crisis del comunismo es la escisión orgánica entre los dos elementos. En efecto, el comunismo existe ciertamente todavía, y de manera poderosa, como realidad material, pero no posee ya una teoría (y ni siquiera una fe) revolucionaria. Es un cuerpo sin mente. Es una realidad nominalista sin vitalidad interior. Una inmensa roca errática sin dirección. Puede muchas cosas, menos ser él mismo. Hasta el punto —y aquí radica la paradoja histórica— de que para renovarse no puede proseguir en la dirección histórica que le prescribe la propia teoría originaria, sino que debe tomar caminos que lo vacían de contenido. En lugar de entrar en el mundo del porvenir, entra en el depósito de la historia, y en la medida en que, en cuanto hecho práctico, se impone el objetivo de hacer frente a los problemas del futuro, debe cambiar el propio código genético.

El revisionismo imposible

El marxismo-comunismo, después de haber advertido la imposibilidad de actuar como un cuerpo único siguiendo la propia matriz de la Tercera Internacional, se ha articulado en diversos «polos». Cada uno de los ellos ha justificado su opción con el argumento de que el propio marxismo-comunismo tendría una mejor conexión con la realidad histórica específica en que se encontrara para ponerse en acción. Se ha llegado así a los tres grandes polos: el moscovita, el chino y el «eurocomunista», cada uno diferente del otro, y también, en varios momentos, en abierto conflicto entre sí. Hoy estos tres polos tienen en común una sola cosa: la propia crisis de identidad. Aquello que debía ser un principio de renacimiento se ha convertido en una derrota interior. Una derrota que hunde sus raíces en la incapacidad de ajustar las cuentas con una vitalidad y variedad social que la «ciencia revolucionaria», de cualquier modo que se la conciba, no está en condiciones de dominar. Por esta incapacidad los comunistas son impulsados, por tanto, a hacerse «revisionistas» de sí mismos.

Pero un «revisionismo» comunista es algo *contra natura*, ya que el comunismo se había constituido precisamente sobre la base de la convicción de que, cualesquiera que fuesen las adaptaciones prácticas y los compromisos impuestos por la realidad, nunca jamás sería aceptable una mutación de los principios originarios, dado que éstos se apoyaban en una ciencia objetiva de la realidad y en la posibilidad plena del partido revolucionario de dominar y forjar el proceso histórico mediante el uso de esa ciencia. De esto se deriva que el comunismo, por un lado, se ve impulsado por la realidad de las cosas a ser prácticamente revisionista; por otro, a no poder teóricamente el propio revisionismo.

Es necesario, en este sentido, tener presente que el comunismo ha considerado los varios revisionismos que históricamente se han sucedido en el curso de la historia del marxismo, no como frutos de una legítima confrontación entre el cuerpo de la teoría y los desarrollos concretos de la realidad, sino siempre y sólo en términos de desviaciones que tienen su raíz en la irrupción, en el interior del movimiento obrero, de puntos de vista y de intereses extraños o, más aún, enemigos. De ahí, en último análisis, la idea de que detrás de cada revisionismo teórico e ideológico existe un «plan del enemigo», el hecho práctico de la traición, ya conscientemente perseguido, ya inconscientemente de sí mismo.

La crisis actual en el interior del comunismo internacional tiene un significado histórico enorme, porque los varios comunismos, más allá de las declaraciones meramente formales que los grupos dirigentes continúan recitando para no admitir la propia ilegitimación, se enfrentan con que deben medirse con la imposibilidad de persistir en la teoría según la cual ellos son los depositarios privilegiados de una ciencia de la realidad social y de sus desarrollos, que los pone en condiciones de dirigir la historia hacia aquella sociedad sin clases que es el fin sin el que no pueden existir como sujeto político. Los comunistas, donde tienen en sus manos el Estado, no saben ya qué uso hacer del poder en relación con el fin comunista; y donde no están en el poder se imponen el objetivo de hacer un uso del poder mismo, una vez que lo alcancen, que no tiene ya ninguna relación con los fines para los cuales se han constituido en partido. La continuidad entre su pasado, por un lado, y su presente y futuro, por el otro, es una relación verbal, fundada en el hecho de que continúan llamándose comunistas, y punto.

Es más que nunca lícito, por encima de todo espíritu estérilmente antimarxista, preguntarse de la manera más radical si no nos encontramos ante la crisis última y definitiva del marxismo y del comunismo. Un interrogante similar es tanto más lícito en cuanto que deriva de la reflexión sobre la realidad de un marxismo-comunismo que dispone del máximo poder que una fuerza política pueda desear para dar prueba de sí mismo y de las propias teorías. Es obvio, en efecto, que si los comunistas no dispusiesen de un gran poder quedaría siempre abierto el interrogante acerca de sus posibilidades de realizar los propios fines. En cambio, es precisamente el hecho de que tengan un poder tan grande el que permite medir los resultados que han sabido y podido lograr.

El vicio de origen

Las crisis del marxismo sucedidas después de la primera, ligada al nombre de Bernstein, han sido diferentes entre sí. Se han desarrollado en relación con diferentes fases de la historia del movimiento obrero, pero, no obstante sus diferencias específicas en cuanto al tiempo y también al lugar, han tenido invariablemente como común denominador el haber sido determinadas por la incapacidad de afrontar los problemas del desarrollo económico, social y político. Una teoría nacida para resolver de manera científica los problemas del desarrollo se ha topado, en cambio, con sucesivas crisis determinadas precisamente por la incapacidad de afrontarlos. No podemos preguntar cuál es el motivo y si hay en el marxismo algún «defecto» orgánico que pueda dar una explicación de sus crisis. Pero antes de adentrarnos en la investigación de este eventual defecto, es necesario no perder de vista otro dato simétrico al primero e igualmente importante: es decir, que el marxismo y el comunismo, si se han topado con graves fracasos que han frenado el desarrollo en ciertas direcciones, por otra parte, empero, han obtenido también extraordinarios éxitos que han hecho de ellos una de las máximas fuerzas de la historia mundial del último siglo. Demasiado a menudo un análisis parcial de la historia del marxismo y del comunismo, según cuál de las caras de la moneda se considere, lleva a proclamar su fracaso o, por el contrario, su enorme éxito. Lo que hace falta es conectar el fracaso con el éxito, puesto que sólo de este modo es posible comprender lo que es fundamental: es decir, que el marxismo ha podido tener cierto tipo de éxito por las mismas razones por las que este éxito se ha convertido en su opuesto.

Para explicar el destino histórico del marxismo en el último siglo podemos recurrir a dos parámetros diferentes de juicio: uno que considera la geografía del

desarrollo capitalista y de la democracia política; y otro, que es el grado de complejidad alcanzado por una determinada forma de sociedad. La aplicación del primer parámetro nos da como resultado que, donde el desarrollo capitalista se ha unido a la afirmación de la democracia política, el marxismo-comunismo no ha podido llegar al poder. La aplicación del segundo parámetro nos muestra, en cambio, que, incluso donde el comunismo ha tomado el poder, una vez que la sociedad ha superado cierto umbral de complejidad, el marxismo-comunismo entra en crisis.

Dicho esto podemos volver a la pregunta relativa al «vicio» originario del marxismo. Para abarcarlo en toda su extensión es necesario ir más allá de la corriente observación de que Marx se equivocó en la previsión de que el desarrollo capitalista debía producir un enorme crecimiento del proletariado, con una correlativa desaparición de la clase media y una reducción de los grandes capitalistas a un puñado de personas. En realidad, este análisis es sólo parte de un análisis bastante más global, según el cual el paso de la sociedad burguesa a la socialista habría representado la reducción de una irracional complejidad capitalista (la anarquía capitalista) en una simplificación de las relaciones productivas y sociales (la planificación socialista racional). El marxismo ligaba precisamente su propio movimiento tanto teórico como práctico a la verdad, del mismo modo que la complejidad estaba ligada a la anarquía capitalista y la simplificación a la racionalidad socialista. Lenin, a continuación, condujo la misma operación al nivel de las instituciones políticas, afirmando que el socialismo simplificaría la complejidad artificial del Estado burgués introduciendo la simplicidad de la democracia proletaria (por la cual también la cocinera puede gobernar el Estado).

La simplificación de la estructura socioeconómica habría debido también traducirse, en el período de la transición revolucionaria, en el debilitamiento de las fuerzas adversarias y en el reforzamiento de las revolucionarias.

Democracia y capitalismo

A la luz de cuanto se ha dicho, es posible realizar un análisis de las oleadas expansivas del marxismo que nos ofrezca al mismo tiempo la clave para analizar sus límites y los sucesivos factores de crisis.

Ante todo, conviene partir de los países en los cuales el marxismo como factor revolucionario no ha contado jamás como elemento histórico real. Estos son los Estados Unidos e Inglaterra. Que en estos dos países, uno la patria de la industrialización y el otro el de más fuerte industrialización y desarrollo capitalista, ambos signados por el acuerdo profundo entre capitalismo e instituciones políticas democráticas, no se haya dado la formación y la presencia de un partido obrero marxista, ha sido el signo más elocuente de que el presupuesto marxista según el cual el desarrollo capitalista estaba destinado a suscitar una intensificación de la lucha de clases hasta la revolución y la democracia política debía constituir el medio de esta lucha, no se apoyaba en un soporte interpretativo adecuado y era, en conclusión, falso. La primera crisis teórica del marxismo, aquella ligada al nombre de Bernstein, nació precisamente de la reflexión sobre lo que sucedía en Inglaterra. Bernstein sostuvo que el desarrollo capitalista en un país como la Inglaterra de finales del siglo XIX generaba complejidad y no simplificación social, que esta complejidad no jugaba a favor de la revolución proletaria, que la afirmación de la democracia política atenuaba y no exasperaba el conflicto

de clases, que la complejidad social llevaba no a la revolución y a la dictadura del proletariado sino al reformismo.

El análisis de Bernstein, mientras parecía válido para Inglaterra (y, por cierto, también para Estados Unidos, a los que, empero, no les dedicó explícita atención), parecía en cambio ser desmentido clamorosamente por los modos del desarrollo capitalista en la Europa continental. En efecto, en los dos imperios centrales, en Francia, en Italia, en Polonia, en Rusia, el marxismo adquiría en conjunto un grandioso desarrollo. Sin embargo, la hipótesis de Bernstein resultaba desmentida sólo a primera vista. En todos esos países, en efecto, el desarrollo capitalista, con variantes de intensidad, estaba acompañado por límites más o menos serios de la democracia política que estaba ausente o, al menos, no iba acompañada por el reconocimiento, entre las clases socialmente elevadas y políticamente dirigentes, del papel democrático del partido y de los sindicatos obreros. Por tanto, el límite o la ausencia de la democracia ha actuado sobre las masas trabajadoras como poderoso elemento de formación de una conciencia política antiestatal y «de clase». Hay que observar de inmediato, empero, que esta conciencia abstractamente revolucionaria no ha llegado a dar lugar a una praxis revolucionaria en los países con más fuerte desarrollo capitalista, mientras que ha producido un acontecimiento revolucionario victorioso, en relación con la crisis generada por la guerra mundial, sólo en aquella Rusia donde era mínima la fuerza del capitalismo y nula la tradición democrática.

Al cabo de este rápido *excursus* podemos recoger lo esencial, llegando a la individualización de tres «tipos» o «casos» ejemplares en la historia del marxismo: 1) donde ha habido un intenso desarrollo capitalista junto con un alto desarrollo democrático, el marxismo no ha tenido repercusión histórica; 2) donde ha habido un desarrollo capitalista de variada intensidad sin tener, empero, una adecuada democratización, el marxismo se ha afirmado en la conciencia de las masas trabajadoras de manera notable, pero el desarrollo capitalista ha resultado lo bastante fuerte como para impedir que el marxismo se volviese un factor revolucionario activo, y 3) donde, como primero en Rusia y luego en China y en otros países atrasados, el desarrollo del capitalismo moderno ha sido modesto o inclusive casi ausente y, al mismo tiempo, la democracia política sólo ha tenido un comienzo de afirmación o bien no se ha afirmado nunca, el marxismo ha tenido la máxima eficacia revolucionaria. Pero en este caso su resorte ha sido la ausencia de madurez capitalista y su fin la consecución de una modernización no capitalista. Esto demuestra que, en esos países, la revolución ha sido el producto de la doble ausencia del capitalismo como contenido económico-social y de la democracia como forma política.

En este punto, ha llegado el momento de centrar directamente el análisis en el comunismo contemporáneo.

La modernización incompleta

Si continuamos avanzando a través de grandes líneas, podemos afirmar que el comunismo, en una primera fase, en los países atrasados en los cuales ha alcanzado el poder, ha podido servirse del hecho de que la debilidad o la falta de desarrollo capitalista y de la democracia les ha transmitido una situación económico-social de relativa simplicidad. En similares condiciones, la dictadura violenta del partido comunista ha actuado como instrumento para introducir algunas macro-

modificaciones en la estructura económica. El partido ha tomado medidas, precisamente mediante la violencia revolucionaria, para introducir esquemas simples de organización económica, adaptando forzosamente a éstos el cuerpo social. No por nada la planificación ha representado una síntesis de violencia política y social y de «racionalidad» organizativa funcional a los objetivos de una modernización alcanzable mediante un proceso de decisión fuertemente centralizado. La dictadura del partido y la planificación socialista, por tanto, han representado las dos caras de un único proceso.

Este esquema, cualesquiera que hayan sido sus costos humanos y las elevadísimas pérdidas producidas por la planificación centralizada, ha conseguido, primero en la Unión Soviética y luego en China, resultados históricamente importantes: en todo caso ha representado una vía efectiva para la modernización de base. Los límites de eficacia de este mismo esquema, empero, han surgido claramente cuando la modernización ha alcanzado ciertos resultados. La naturaleza de estos límites se pone en evidencia invariablemente a través de todos los impulsos «reformadores» que han surgido en diferentes épocas del seno mismo del comunismo en los distintos países en que éste se encuentra en el poder. Son la vastedad y la articulación del fenómeno las que terminan por suministrar la clave unitaria de explicación. Las tendencias reformadoras se han hecho sentir primero a través de la desestalinización de Jrushev, quien tomó los dos elementos que constantemente han reaparecido en el centro de los sucesivos impulsos reformadores en el mundo comunista: la necesidad de fundar el poder sobre una nueva base de consenso «democrático» y la necesidad de reducir el ámbito de la planificación centralizada, dando a las empresas mayor autonomía y responsabilidad, revitalizando ciertos elementos del «mercado de libre competencia». Estas exigencias, que en la URSS han terminado por ser congeladas y ahora resurgen en gran medida con Gorbachov, son, reducidas al extremo, las mismas que se hicieron sentir también, en tiempos diferentes, en Hungría, en Checoslovaquia, en Polonia y en China.

No ha de sorprender que en países del este europeo, incorporados a la esfera del comunismo por la fuerza de la conquista militar, como Polonia, Hungría, Checoslovaquia, las demandas de la reforma económica se hayan saldado con las de libertad política (las cuales, especialmente en Checoslovaquia, tenían sólidas raíces); demandas de libertad que, empero, han sido invariablemente sofocadas, generando una variedad de situaciones que van del extremo del «neoestalinismo checoslovaco» a la «tolerancia» de tipo húngaro.

El signo de que, además de cierto umbral de desarrollo, el comunismo tiene necesidad de un reformismo que se imponga como fin la reducción del centralismo a favor de un sistema de autonomías en el campo de la producción y del intercambio de los bienes, se da también a través de lo que ha ocurrido en China. Brezhnev y Mao, uno mediante el estancamiento del sistema y el otro mediante su subversión, han representado dos respuestas negativas a las exigencias del cambio que se habían hecho antes. Por el contrario, Teng-Hsiao-Ping y Gorbachov están apuntando hacia la reanudación del reformismo.

Características profundamente distintas ha tenido, desde luego, el desarrollo que se ha producido en el interior del comunismo en los países capitalistas avanzados y que se ha caracterizado como «eurocomunismo». Es, sin embargo, un hecho el que, no obstante todas las diferencias, existe también un nexo entre las tendencias que han llevado al «eurocomunismo» y las que, en cambio, han lleva-

do al reformismo en China y la URSS. El fundamento de este nexo lo da el hecho de que, por un lado, el comunismo oriental en el poder vivía la crisis de la dictadura del proletariado y de la planificación centralista como instrumentos aptos para afrontar la nueva complejidad generada por el desarrollo económico y social y, por el otro, el comunismo occidental estaba impulsado a tomar en cuenta que la dictadura y la planificación centralista sobre la base de la expropiación generalizada eran modelos que habían perdido todo significado. Encerrado en la encrucijada de una realidad económica y política en Occidente que convertía la perspectiva del poder único proletario en una antigualla, y de los ejemplos suministrados por el comunismo en el poder, cada vez menos apetecibles, el comunismo occidental se decidió, por tanto, a dejar fuera de uso la consigna de la dictadura y de la gran expropiación.

Tanto en Oriente como en Occidente, el desarrollo económico y social le ha resultado fatal, por tanto, al «viejo» comunismo.

¿Transformarse en qué?

Impresiona, pues, la amplitud del frente en el que se delinea la crisis comunista en la época actual. El comunismo se había organizado primero unitariamente a escala mundial en la convicción de que la eficacia de su acción podía expresarse sólo a través de una organización única; luego se dividió en varios polos, cada uno convencido de poder obrar mejor; por fin, la URSS, China y el comunismo occidental, mientras conservan sus grandes diferencias, se encuentran todos sufriendo, empero, una común pérdida de identidad en el marco de una crisis de transformación. ¿Transformación en qué?

El «eurocomunismo» contenía en sí mismo una «lógica» de la que no podía escapar: es decir, la propia transformación en socialismo democrático. El comunismo español y el francés, realidades políticas minoritarias frente a sus respectivos socialismos, queriendo preservarse sin tener ya su fuerza política, han acabado por enredarse en una crisis involutiva que los ha reducido a entidades políticas cada vez más insignificantes. El comunismo italiano, aun atravesando contradicciones y dificultades, ha continuado en un proceso que lo está llevando hacia el socialismo europeo, del que ha acabado por proclamarse componente a pleno título, si bien, contradictoriamente, no quiere deshacerse del cordón umbilical que lo une a sus orígenes.

Pero naturalmente el destino del comunismo como fuerza histórica mundial está ligado a los procesos de transformación en marcha en China y en la URSS. Y es, por tanto, en ellos en los que hay que fijar, en conclusión, la atención debida.

Todos los partidos comunistas en el poder han aprendido una gran lección de Lenin cuando se lanzó la NEP. Encontrándose frente a dificultades insuperables en la situación de catástrofe económica que sucedió a la guerra civil y al comunismo de guerra, Lenin reintrodujo el «capitalismo» en los campos, en el pequeño y medio comercio, en la producción industrial excepto en las grandes empresas, manteniendo en manos del Estado el comercio exterior, el sistema bancario y lo poco que sobrevivía de la gran industria. A aquellos que se espantaban por los efectos políticos de la NEP, Lenin les replicó que el partido y el Estado soviético mantendrían en sus propias manos el monopolio del poder político y, gracias a

este aliciente, podrían impedir que las reformas económicas se volviesen un peligro catastrófico para el monopolio político de los comunistas.

Esta lección tiene un valor capital para quien hoy razone sobre el «reformismo» chino o soviético, puesto que proporciona el parámetro de juicio fundamental sobre la naturaleza de los procesos de transformación en marcha en los países comunistas. ¿Cuál es el límite orgánico de la capacidad reformadora de los regímenes comunistas? Este límite está indudablemente representado por la reforma del sistema político, o sea, por la puesta en crisis o no del monopolio político del partido.

No hay motivo de duda acerca de la seriedad reformadora de los Teng-Hsiao-Ping y de los Gorbachov. Ellos y aquellos que los siguen están seguramente persuadidos de que ya la complejidad social en sus países plantea serios problemas de modificación en los mecanismos de la planificación centralizada de la economía; que hace falta promover un nuevo consenso; que necesitan nuevas autonomías; que se requiere la activación de mecanismos propios del mercado con el fin de un mejor uso de los recursos. En este sentido, no son falsos sino auténticos reformadores. Son también, sin duda, sostenedores de la activación de criterios «competitivos» de selección de la clase política, administrativa y dirigente en el campo económico. Con este fin, no vacilan en suscitar conflictos y en manipular en su propio favor a ciertos estratos de la sociedad contra otros, suscitando así una auténtica lucha política en el interior de sus países. Sin embargo, en cuanto comunistas, no logran concebir que la puesta en crisis del centralismo burocrático en el campo económico pueda traslucirse en crisis del monopolio político de los comunistas. Estos, en suma, no admiten que el reformismo se convierta en democracia política.

Teng Hsiao-Ping quiere modernizaciones, y con este objetivo ha partido lanza en ristre contra lo que, a su juicio, las obstaculiza. Pero cuando los estudiantes chinos, haciéndose portavoces, por cierto, de más amplios estratos sociales, piden mayor libertad, entonces la respuesta es la condena del «liberalismo burgués». Gorbachov quiere competitividad y democracia en el partido, cumple importantes medidas de amnistía, de las cuales la que atañe a Sajarov es para todos significativa, emprende una dura lucha contra los «dogmáticos» y los burócratas. Pero quiere mantener todo el marco del sistema de dominación comunista.

He aquí, pues, el gran problema. Gorbachov ha afirmado con fuerza que la sociedad soviética ya no puede avanzar como en el pasado, y ha dado comienzo a una enérgica «desbreznevización». Pero, ¿se puede tener un dinamismo social y económico realmente vital manteniendo el monopolio del poder en manos del partido comunista? Ha dicho que hace falta democratizar al partido. Pero, ¿se puede mantener la democracia dentro de un solo partido? ¿Son compatibles democracia y monopolio político de un partido?

Gorbachov intenta reactivar un proceso de consenso en torno al sistema de poder soviético. Bajo este perfil vuelve a recorrer, naturalmente en condiciones diferentes, el camino que ya había hecho Jruschov.

Ahora bien: mi conclusión es que jamás se ha visto, en la historia de todos los tiempos y países, una dictadura que se democratice, por la contradicción, que no lo consiente. Se han visto, en cambio, dictaduras y regímenes autoritarios que entran en crisis y activan procesos de reforma interna que el poder está en condiciones de iniciar pero no de acabar.

Si en la Unión Soviética y en China debiese realmente instaurarse una activa descentralización productiva, un mecanismo de mercado, una real confrontación competitiva en el interior del partido único, pues bien: todo esto sólo podría dar lugar, por la propia fuerza interna, a un proceso de erosión y de crisis del sistema del monopolio político hacia la democracia política. De otra manera sería inevitable un proceso de reacción conservadora. Naturalmente, las formas que la democracia podría asumir en países como la URSS y China no serían una imitación mecánica de las occidentales, tales y tantos son los condicionamientos creados por el desarrollo histórico. Pero, a diferencia de los del Señor, los caminos de la democracia no son infinitos, puesto que, en última instancia, se encarnan en los derechos de las libertades individuales, en la existencia de una oposición, en la división entre minorías y mayorías.

El comunismo soviético y chino es ya un «antiguo régimen». Este es, entre las muchas incertidumbres, el único dato cierto.

Traducción: Mario Merlino



NUEVA SOCIEDAD

NOVIEMBRE/DICIEMBRE 1986

N.º 86

Director: Alberto Koschuetzke

Jefe de Redacción: Daniel González V.

COYUNTURA: **Carlos D. Mesa Gisbert:** Bolivia. La dramática transición; **Luis Verdesoto:** Ecuador. ¿Hacia el derrumbe de la derecha?; **Franklin J. Franco:** República Dominicana. Entre la libertad y el miedo.

ANALISIS: **Darcy Ribeiro:** Revolución en la educación. El sistema escolar brasileño; **Enrique Neira:** Colombia: las guerrillas y el proceso de paz; **Carlos M. Vilas:** Nicaragua: las organizaciones de masas. Problemática actual y perspectivas; **Ferran Brunet:** El Estado, la política, las clases sociales y el capital; **Lawrence Nurse:** Los sindicatos en el Caribe anglófono; **Oscar Ugarteche G.:** Lo interno de la deuda externa. Los casos de Bolivia y Perú.

POSICIONES: **Alan García:** No hay democracia sin anti-imperialismo.

TEMA CENTRAL: **Samir Amin:** ¿Socialismos particulares o nacionalismo burgués? A treinta años de Bandung; **Karl Grobe-Hegel:** China y Vietnam: dos revoluciones campesinas. ¿Qué ha sido de ellas?; **Sidney de Miguel:** Angola y Mozambique: ruptura y liberación; **Volker Grabowsky:** Corea del Norte: culto a la personalidad; **Enrique Dussel:** ¿Hay Teología de la Liberación en Africa y Asia?; **Emil C. Ndonde:** Tanzania: ¿El fin del sueño socialista?

SUSCRIPCIONES (incluido flete aéreo)	ANUAL (6 números)	BIENAL (12 números)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dolares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.